

Antonio Bórquez-Solar

Bizarrías de Antaño

AUTOBIOGRAFÍA Y AUTOCRÍTICA

LA historia maravillosa de príncipes guerreros y victoriosos, las de dolientes princesas encantadas en jardines de ensueño, en reinos lejanos o en la mar profunda; leyenda de fantasía o corazón, que nos distrae un momento del ordinario vivir que vivimos, siempre fué grata: melificó el alma y puso una suavidad infinita en el callado pasar de la arena de las horas. Mas también, en verdad, muchas veces el relato de una cualquiera humilde existencia cotidiana, atormentada o alegre, apacible como un lago en el paisaje benigno, o bien inquieta como hoja seca y soliviantada en ráfaga momentánea, nos cautivó con sólo oirla de unos labios temblorosos y verecundos.

El heroísmo, o lo que se ha entendido hasta ahora por tal, no sólo se encuentra en lo admirable del hecho magno, estupendo y sangriento, sino también en la virtud modesta, en el martirio ignorado y en la pupila humedecida por la ternura o el dolor que se recata en la sombra. Día llegará de seguro en que habrá horror por toda sangre derramada y en que una vida labriega que se acabó en beatitud de ignorancia y de olvido se admirará más que otra purpúrea e imperial. Y mucho más que una leyenda romanesca, aventura cierta o imaginaria, pero ajena, mucho más, repito, nos conmueve o nos emociona nuestra propia historia, el recuerdo alegre o ácedo de nuestros actos en

el día de ayer que pasó para no volver jamás en la realidad presente. La propia novela, la historia de cada uno es la más interesante, evidentemente. Cuántas veces no os habrá ocurrido que leyendo a un autor, una sola palabra levantó en vuestro espíritu una bandada voladora y por la virtud magnífica de la evocación os trasladásteis con alma y vida a contemplar el alma y la vida que tuvisteis antaño, y así de este modo, por encima de la atención con que os retenía la aventura libresca, se levantó vuestro interés por la propia ya pasada y, tal vez, lejana, y vuestra emoción fué centuplicada. Ahora, no me engañaréis entonces que el corazón os palpitaba con mayor violencia, que no habiendo podido leer una línea más habéis cerrado el libro, o lo habéis dejado a un lado, y mirando el árbol cercano vuestra vista se ha ido empañando con un velo humedecido, hasta que habéis quedado ciegos para el minuto presente y con una penetrante claridad de visión en el horizonte distante en el que resucitáis vuestra vida que se fué, que se evaporó como la niebla de un lago azul. ¡Oh! maravilloso encanto de revivir, de recordar, de reconstruir, y de resucitar! Y todo yo lo tengo así dentro de mí, como quien dice en un palacio del cual nadie posee la mágica llave, nadie, sino yo.

La irresistible inclinación que sentimos, desde la niñez, por las *Memorias* y las *Confesiones* es, pues, perfectamente explicable. Un *Diario*, un *Epistolario* cualquiera, nos seducen de igual modo, siempre que en sus páginas la sinceridad resplandezca. Apenas iniciada la lectura comprendemos que es nuestro semejante el que nos cuenta su vida, sus pensamientos, es decir, otro hombre como nosotros, hecho de la misma flaca naturaleza y de la misma insegura arcilla frágil. Y así sus errores, sus faltas y sus defectos encontrarán disculpas en el ánimo, y complacencias sus virtudes o sus éxitos.

De aquí por qué se podría afirmar que pocos libros hay en la literatura chilena que puedan competir en amenidad de estilo, en poder de seducción, por la viveza del relato, por la verdad y el colorido, por la intensidad de vida, en suma, como los *•Recuerdos Literarios•* de José Victorino Lastarria o *•Recuerdos*

del Pasado de Vicente Pérez Rosales. No hay pasaje en estos libros que deje de interesarnos, desde el principio al fin; algunos de ellos perduran indefinidamente en la memoria. Así por ejemplo, y tomando al azar, del primero, que tiene afinidad con el famosísimo autor de *«Facundo»*, siempre se tendrá presente la entrevista en aquel tercer piso de los portales de Sierra Bella, que estaba situado en el ángulo de la calle Ahumada; luego se contemplará en el rincón de la sala cuadrada la cama pobre y pequeña; en el centro, la mesita con su silleta de paja y sobre el suelo enladrillado, sin estera ni alfombra, los cuadernos del *«Diccionario de la Conversación»* dispuestos ordenadamente como en un anaquel. «El hombre realmente era raro, continúa Lastarria: sus treinta y dos años de edad parecían sesenta, por su calva frente, sus mejillas carnosas, sueltas y afeitadas, su mirada fija pero osada, a pesar del apagado brillo de sus ojos, y por todo el conjunto de su cabeza, que reposaba en un tronco obeso y casi encorvado. Pero eran tales la viveza y la franqueza de la palabra de aquel joven viejo, que su fisonomía se animaba con los destellos de un gran espíritu, y se hacía simpática e interesante. Después de hablarnos de su última campaña, de su derrota con el general La Madrid, de su paso por los Andes, donde estuvo a punto de perecer con todos sus compañeros, por una larga y copiosa nevada, que los silió en la casilla de las Cuevas, nos habló con el talento y la experiencia de un institutor muy pensador, sobre instrucción primaria, porque aquel hombre tan singular era Domingo Faustino Sarmiento, el entonces maestro de escuela y soldado en los campos de batalla contra la tiranía de Rosas, el formidable diarista, al poco tiempo después, el futuro presidente de la República Argentina.»

El recuerdo de esta entrevista fué siempre grato, ¿quién lo duda?, para Lastarria y lo mismo para los lectores en todo momento.

He querido citar este solo caso para justificar mi propósito de hablar de mi tiempo y de mi modesto vivir. Entiendo que no será desagradable para mis contemporáneos el conocer la

historia, tal vez algo interesante, de algunos años del movimiento literario de Chile, referida de una manera bastante íntima y personal. Del mismo modo creo que les llamará un poco la atención el que hable de mis obras, así de las que van publicadas como de las otras que están esperando, hace muchos años, en un cajón de mi cuarto, que se pronuncie en su oscuridad el dichoso fiat lux. Estos relatos en que la autobiografía y la autocrítica se comparten, tienen siempre alguna importancia no tanto en el tiempo mismo en que fueron hechos sino en el que está por venir. Todavía hay que agregar que en obsequio a la verdadera historia de la literatura chilena, que tendrá que hacerse algún día, debo puntualizar la parcela que en ella me corresponde, que por minúscula que sea yo no estoy dispuesto a permitir que se calle, se desconozca o niegue.

* * *

Terminados mis estudios de humanidades en mi ciudad natal, Ancud, vine al Instituto Pedagógico de Santiago, que por primera vez abría sus puertas en 1889. Recibí mi título de Bachiller en Humanidades y Filosofía al año siguiente y el de Profesor de Estado en la Universidad Nacional, en 1892. Mi vocación por los estudios literarios fué decidida y vigorosa. En mi Ancud a los doce años ya publicaba en prosa y en verso, en dos hojas juveniles, «*La Juventud*» y «*El Progreso*», efímeras hojas para las cuales escribía a disgusto de mis padres que deseaban que fuese un buen matemático. Por las matemáticas llegué a tener un horror sagrado, tanto por mi falta de disposiciones como, mayormente, por el rigor excesivo, rayano en la crueldad, de uno de mis profesores. Perdonado le tengo.

En la ciudad de Los Angeles, para cuyo Liceo fuí nombrado profesor de Castellano y Gimnasia, títulos de la Universidad los dos, comienzan a manifestarse mis primeras actividades literarias en 1893, a poco tiempo de haber llegado, cuando aun era un adolescente. Tuve discípulos mayores de edad que yo, de veinte y más años, que siempre me respetaron y estimaron. Verdad que

ya era yo, como en toda la vida posterior, afable y bondadoso con los niños y ejercía sobre ellos, sin quererlo, cierta superioridad que ignoro de donde provenía.

Mientras fui estudiante en Santiago logré publicar algunos artículos sobre reforma de la enseñanza en «La Libertad Electoral». Uno titulado Instituto Pedagógico fué impugnado en un periodiquillo provincial por un señor Camarón 1892. Hay que fijarse en esto, que no sólo soy el iniciador de una reforma literaria. La primera publicación de versos la hice en Los Angeles en «El Progresista», del cual fui después director, redactor político y cronista. Todos estos versos habían sido compuestos en el Instituto y aunque eran sencillas imitaciones de Becquer hay en ellas el asomo y la iniciación tímida del alba futura.

Ahora véase cómo mis primeros vacilantes pasos en la lírica fueron causa de tribulación: Unas de las primeras señoras amigas que tuve en Los Angeles, viuda y con una hija hermosa, leyó unas estrofas mías publicadas en un periódico de Concepción. Por desgracia en esos versos hablaba yo de Laura, nombre para mí antojadizo e imaginario. Y como Laura también fuese el de la hija de dicha señora, ésta me significó muy cortésmente que no quería que le inquietaran a su niña; lo que nunca se me había pasado por el magín. De la entrevista que pudo haber terminado bien, salí enfurruñado porque la dichosísima señora no quiso creer que esos versos y otros los tenía yo hechos un año atrás, mucho antes de conocer a su espigado pimpollo. Puede usted también llamar al orden al Petrarca—le agregué al final.

Era en aquel tiempo la ciudad de Los Angeles una pequeña pero bonita ciudad. Sus casas bajas de aspecto humilde las más. Muy contadas eran las de dos pisos. A dos cuadras de la Plaza de Armas, grande y descuidada, empezaba el pobrerío por las vecindades de la estación de ferrocarriles. En esta Plaza, al norte, estaba la Cárcel, y en el mismo lado, la Municipalidad y el liceo en unos edificios viejos, de murallas descascaradas, en el costado sur, la parroquia del cura y el Banco Santiago; al este un gran sitio vacío. La mejor calle era la del comercio,

de tiendas de trapos, mercerías, boticas, que se llamaba Colón, y al fin cerrada con el convento de la Merced. A doscientos metros de la Plaza por el sur estaba la Colonia Humán, un hermoso paseo de muchas cuadras, de quintas y chacras de colonos alemanes, largamente orillada de árboles. Aquí participé de muchas honestas diversiones, bailes y juegos sencillos y puros con las hijas de los alemanes, rubias y buenas, alegres y hacendosas. Bajo la prolongada alameda de Humán pasé millares de veces en las madrugadas, en los atardeceres, a la luz de la luna, solitario, mascullando versos, rebosante el pecho de un goce íntimo y extraño, lleno de esperanzas ¡ay! de gloria, de fortuna y de honores.

Las angelinas han tenido siempre fama de buenas mozas, y en general lo son. Blancas o morenas, son del más puro tipo español, ojos magníficos y dulces, alegres y benignos, la cabellera opulenta y renegrada; de talle esbelto y formas voluptuosas. Son muy sociables y hospitalarias. Es muy agradable pasar con ellas en las noches del invierno, en las tertulias y *malones* que se suceden con frecuencia. En el Verano, en sus posesiones de campo les agrada mucho ser visitadas y agasajan a sus amigos con la mayor cordialidad. Cómo perduran en mí, con qué intensidad de colorido, aquellos días campesinos, en la época de las trillas o de las vendimias. La última temporada en el fundo de don Pedro Cifuentes, cuando fui tan espléndidamente atendido y festejado por la esposa señora Clorinda Benítez de C. y sus sobrinas, señoritas De la Barra, será la más grata a mi memoria y siempre melancólicamente inefable en mi corazón.

Los angelinos eran en su totalidad agricultores; contadas eran las excepciones. También se dedicaban con ardor a la política. De aquí que los temas eternos de todas sus conversaciones fuesen la engorda y feria de animales, la producción de trigo y vinos y las mil triquiñuelas de las elecciones. Conocí entonces a un caballero, un agricultor singularísimo, a quien jamás oí hablar en todos los cuatro años que le traté, de cosas agrícolas; pero sí perennemente de política. Las sesiones de las Cámaras, publicadas en los diarios, se las aprendía de memoria

y recordaba los discursos que en ellas se pronunciaban, con rara facilidad. Era un eterno hablador y discutidor muy simpático. Alto, macizo, ancho de torax, de bigote rubio, patilla rala del mismo color, casi roja; en el andar desgarrado; hablaba con voz vibrante y ronca que solía aflautarse cuando le faltaba la respiración en las retahilas de sus réplicas, en el Club o en el Hotel de la Melania. Los angelinos lo admiraban como a un prodigio, hasta que lo enviaron de diputado a la Cámara, y aquí, ignoro por qué causas, a las primeras de cambio sus palabras y peroratas cayeron en el vacío y crió fama de loco. ¡Qué gran desencanto deben haber sufrido sus electores que no le renovaron sus poderes después! Y él, patriota, honrado, don Mariano Palacios, que soñaba con hacer la regeneración del país, debe haber experimentado una más triste decepción.

Llegaba yo a los Ángeles a reemplazar a un profesor que se había disgustado con el rector del Liceo. Tal vez este hecho de ir a ocupar el lugar de un nativo de la misma ciudad y el ser un adolescente, fueron causas para que los hombres no me demostraran muchas simpatías en un principio. De modo que puedo decir que iba a ejercitar mis actividades literarias desde los comienzos en un medio completamente refractario o incomprendido. Me entregué entonces con denodado fervor a la lectura de algunos clásicos españoles.

Por este tiempo, 1893, a raíz de la revolución, parece que el ambiente general de la República no era propicio a las especulaciones artísticas. El desenvolvimiento intelectual pareció detenerse con aquella sangrienta sacudida que experimentara el país, como si después de Concón y La Placilla, y del trágico fin del Presidente Balmaceda, continuara pesando sobre los espíritus una montaña de pesadumbres. Verdad también es que en los años anteriores, 89 y siguientes, yo no tuve noticias de un florecimiento literario. En Santiago se cultivaba la literatura con más o menos constancia y tal cual fulgor, en el Ateneo. Y, sin embargo, vivían don Guillermo Matta, don Eduardo de la Barra, don Pedro Préndez. En 1892 la Universidad de Chile convocó a un certamen para una poesía que loara el

descubrimiento de América. Me presenté a tal concurso con toda la audacia de mis dieciocho años. Y confieso que hubo un momento en que creía que podría ser yo el triunfador: fué cuando oí decir que la poesía designada para el premio era una de larga extensión. La mía lo era; pero más aún la del poeta Préndez, que fué el laureado. A pesar del triunfo tengo para mi que él debe haber pasado muy malos ratos: la crítica clavó en él su colmillo frío y venenoso. La palabra *plagiario* silbó de nuevo en sus oídos con furor viperino. «*Pelletan pasado por papel de estraza*», — le decía un Aristarco feroz, aludiendo a las «*Siluetas de la Historia*», — «El principio, tan hermoso, de la oda al Descubrimiento de América, es un plagio de la «*Atlántida*» de Olegario Andrade, argentino», — decía otro. Publiqué mi poesía «*Colón*» en 1893 en *El Comercio de Concepción*.

A los seis meses de mi llegada a Los Angeles conocí a un joven agricultor que tuvo sobre mi una influencia decisiva y cariñosa, Pedro A. del Río Plummer. Alto, de barba rubia, ojos claros, de fisonomía franca y expresiva, elegante en el vestir, ilustrado, con diez o más años que yo, por lo menos. Acepté su superioridad y seguí sus consejos. Él había estado en Europa y, poseedor de varios idiomas, conocía bien sus literaturas, y de los poetas más famosos me daba a conocer las más hermosas producciones, que las sabía de memoria y que yo escuchaba con mudo arrobamiento como si asistiera maravillado al descubrimiento de tierras desconocidas y encantadoras. Fuimos amigos cordiales. No podía ser de otra manera: con igual acendrada devoción por la Belleza nos encontramos donde nadie la tenía en aquella maleza de la antigua Arauco. Jamás se apartarán de mi memoria aquellos días cristalinos de «*Talpán*», el fundo de Pedro Antonio, a una legua escasa de la ciudad, ni aquellas charlas interminables, llenas por mi parte de mis vehemencias por ser algo en la literatura de mi patria. En el jardín, en el que las rosas y los magnolios floridos perfumaban el ambiente, frente a la cordillera, azul y blanca, altísima y distante, él traducía del inglés

con voz vibrante y tribunicia. Así conocí a Byron, y el «Azul» de Rubén Darío fué para mí una deslumbrante revelación. Guardo todavía con cariño una copia del álbum familiar, que de uno de sus viajes a Valparaíso me trajo mi amigo, copia de una poesía del poeta nicaragüense y que seguramente no ha sido publicada antes de ahora. No cometo una indiscreción al mostrar el tesoro:

TODA LA LIRA

Para escribir en la primera página
de aqueste libro de tan noble dueña,
he visto lo que existe
en el fondo del alma del poeta.

Homero, con la cítara
de resonantes cuerdas
tiene el choque del yelmo y la coraza
y el relincho del potro de pelea.
Tras el ciego de Esmirna
va el brillante escuadrón de la epopeya.

La vieja harpa es augusta.
El airado profeta
en sus cabellos blancos
tiene sacudimientos de melena.
Es el león sagrado
que tiene el rayo bíblico en la lengua,
y que en sus vastas iras
cuando habla ruge, y cuando ruge, truena.

La gran águila lírica
de anchas alas soberbias
vuelan al azul profundo
bajo la blanca luz de las estrellas.

A través de sus alas
se ven astros que tiemblan,
en estremecimientos misteriosos.

Cuando el águila vuela
sienten los inspirados
como un viento de Dios en sus cabezas.
De ahí nacen las odas
vibrantes como un coro de trompetas.

El idilio es paloma.
El idilio es abeja.
Es un ramo de mirto,
arrullo y miel y perfumada esencia.
De ahí nace la dulce estrofa mística,
la estrofa húmeda y bella
que da aroma y delicia
y es como el cáliz de una rosa fresca.

Esto es para una madre.
¿Qué es la madre? Una eterna Primavera.

Para este libro desearía ahora
todo el idilio, toda su ternura.
No oro ni batistas, púrpuras y rasos:
si que los versos fueran
como un cesto de flores;
o que llevaran con fragancias nuevas,
las alas el arrullo y la alegría
de un coro de palomas mensajeras.

¡Hoy en nombre del hijo
ha cantado el poeta!

Ya se nota en esta poesía de Darío el mismo aire nuevo de «Azul», esta nueva manera que no conocíamos en América y

que hizo levantar las graves orejas académicas; pero que a mi y a otros nos dió un íntimo placer, esta armonía nueva que culminó en «Prosas Profanas» y en «Cantos de Vida y Esperanza».

Otro recuerdo de Pedro A. del Río es un libro en blanco con tapas de cuero y cerradura metálica. En la dedicatoria me dice:

«Cúbranse estas páginas con los frutos de tu ingenio; darás así satisfacción a tu alma, a tus amigos orgulloso placer, y gloria a tu país.—Tolpal, 15 de Marzo de 1894.—P. A. del Río.»

No sé si se habrá cumplido todo el vaticinio que en esas palabras se contiene; pero sí, ciertamente, que las páginas del libro llenas están con mi letra menuda, irregular; en ellas mis ensayos juveniles, algunos de los cuales fueron publicados en *La Ley*, y que al leerlos hoy, nuevamente, he revivido y añorado aquellos días de los más hermosos que haya tenido yo, en paseos, en tertulias, con chiquillas y damas bonitas, con obsequiosos compañeros, con las primeras dulces tristezas del amor naciente.

* * *

El Liceo de Los Angeles, cuando yo llegué a él, llevaba una vida languideciente. Por inquina a su Rector le hacían la guerra no pocos vecinos. Los conservadores sistemáticamente le eran hostiles. La propaganda en contra del establecimiento había tenido por consecuencia que en ese año de 1893 el liceo tuviera apenas una asistencia de 90 alumnos, repartidos en los tres cursos de humanidades. Los nombres de esos mis primeros discípulos, con la edad y la tierra nativa, los releo con gusto en mis apuntes. ¿Por qué milagro no fué clausurado entonces ese liceo? En los años posteriores aumentaron los alumnos. En la repartición de premios de dicho 93 fuí designado para pronunciar el discurso, y este, al releerlo hoy, después de tanto tiempo, me ha dado una piadosa risa con sus largas tiradas académicas, retorcidas y empalagosas, lleno del pesimismo de los «Gritos del Combate» y con fastuosos períodos castelarinios. Fuí muy

aplaudido y felicitado aquel día; pero tengo para mí que no me entendieron mucho los que me escucharon. Además, como contiene algunos lucidos decires que hoy me sorprenden, ellos me hacen dudar de mi paternidad. Quedé entonces contentísimo de los demás y de mí mismo. ¡Adorable ingenuidad adolescente!

Estimulado con este pequeño éxito, con el noble anhelo de ser un elemento de progreso en la sociedad, solicité del Consejo de Instrucción Pública que me permitiera abrir en el liceo, tanto para los alumnos mismos como para todos los que quisiesen acudir a ella, una cátedra gratuita de Derecho Constitucional. Esta asignatura la había seguido en el Instituto Pedagógico, la había estudiado en los tratadistas, en la Biblioteca Nacional, y mis apuntes, compulsas y comentarios sirvieron para hacer más de la mitad de la clase al novel profesor don Domingo Amunátegui S. Estaba, pues, yo bien preparado para enseñar y comentar nuestra Constitución a jóvenes y adultos que no la conocían. Obtenida la licencia, invité a los angelinos para la primera lección del curso. Preparé una pequeña introducción para encarecer la importancia de la educación cívica y el conocimiento de nuestra Carta Fundamental. Llegó el Domingo, el día señalado, y después de mucho esperar tuve un auditorio compuesto del rector del liceo, un profesor y diez alumnos. Leí la introducción que llevaba escrita y en seguida hablé durante una media hora más, con pena y despecho interiores ante este primer fracaso. Aunque no he vuelto a hablar en mi vida de Derecho Constitucional, sigo creyendo que existe en los establecimientos de instrucción secundaria la necesidad ineludible de enseñarlo en una asignatura especial.

* * *

En el año 1894 puedo decir que se verifica mi nacimiento a la pública vida literaria. Pero hay que ir ordenadamente. En Enero de este año comenzaron con ardor los trabajos políticos en Los Angeles, para las elecciones de diputados y senadores. Llegó a hacerse cargo de la propaganda, en la prensa, de los

candidatos radicales, enviado desde Santiago, el joven Marcial Cabrera Guerra. Era de pequeña estatura; pero de compleción recia y maciza. Firme y seguro paso en el andar. Cabeza grande, aunque no desproporcionada. Mirada inquisitiva y entre risueña y dominadora. La nariz acaballada, el bigotito rubio, los labios de pulpa gruesa y el mentón fuerte y como levantado, le daban una singular característica. Palabra fácil y abundosa. El ademán resuelto. Todo en él indicaba el hombre de valer, de talento vigoroso, sin miedo y sin tacha. Destinado a triunfar en la vida, por tantas dotes excelsas, su inquebrantable entereza de carácter y una maldita enfermedad después, le derrumbaron de tumbo en tumbo hasta los abismos de la locura y de la muerte... Pero no precipitemos los acontecimientos.

Cabrera Guerra tenía cuando lo conocí, según él me dijo, veintitrés años; pero representaba más. Formamos, desde luego, una trinidad inseparable con Pedro A. del Río durante los tres meses que el primero estuvo en Los Ángeles. Íbamos por los paseos, por los campos, en largas caminatas a pie o en el faetón que manejaba Pedro Antonio, enfrascados en tópicos literarios, o recitando versos, sobre todo Marcial que tenía una memoria de maravilla y que declamaba admirablemente. Entonces nos reveló a Pedro Antonio González y me dió la primera noticia del Decadentismo. Francés que venía a renovar la literatura y a señalar nuevas orientaciones en el Arte, especialmente en la Poesía. Dijonos versos nuevos de Rubén Darío que había empezado resueltamente en Buenos Aires la cruzada renovadora, y de otros poetas americanos, como Julián del Casal, Gutiérrez Nájera, José Asunción Silva, etc. Y al mismo tiempo se burlaba donosamente de mis clásicos, de Quintana y Núñez de Arce, de Espronceda, Becquer, Zorrilla y Campoamor.— «No, no, señor profesorcito; todos esos estuvieron bien en su tiempo—me decía—. Los poeta nuevos, los poetas modernos deben ser de otro modo.»—Y se moría de la risa cuando yo cándidamente le hablaba de mis lecturas de la Biblioteca de Rivadeneira.— «Su ambición de hacerse un hombre ilustre en las letras

me gusta; pero no comience por la Academia» —me gritaba.— La Academia es una momia y huele a podrido...» Y su ademán y la energía de sus palabras infiltraban no sé qué convencimiento. Yo pensaba mucho todo aquello, sin asentir por completo a esas que creí siempre huecas blasfemias contra los clásicos, padres en todo tiempo del buen decir y del más noble pensar. El mismo recordando este mi estado de ánimo entonces, dice en el prólogo de mi «Campo Lírico»:

... «Habriáis de reiros si yo os contara que este demoníaco poeta, este gavillador exuberante, era un arcaico y clásico prosista, un sintáxico literario, un hablista de léxico y un exégeta *ad pedem*, en el fondo de un remoto pueblo de provincia, en la lejana región del antiguo Arauco, donde yo lo encontré, hace seis años, todo fatuo en el grotesco pedantismo de un flamante pedagogo, recién construído en los astilleros del Instituto, bajo la anticuada disciplina de los puristas. Reglas, léxico, erudición, fábrica poética, todo en él era fundado sobre los manuales de composición y las hormas del catedrático de Castellano, que se leía los romances y villancicos del siglo XIV en la Biblioteca Rivadeneira y aprendía el index de galicismos en la gramática de Cuervo...»

Contar las verdaderas inquietudes que yo tenía por encontrar pronto una solución al problema que tenía delante de mí, no es posible. El majestuoso y rotundo período castellano a la antigua usanza, comenzó a ser ya no muy de mi agrado y, debo confesarlo también, la poesía de Nuñez de Arce cayó en mi desfavor. En cambio, «El Proscrito», «París y Roma» y otras de González publicadas en «La Vanguardia» de Santiago, semi-diario precursor de «La Ley» famosa, me producían hondo deleite espiritual; había en ellas algo del aliento de Hugo. ¿Estaría por aquí la senda que debería seguir mi espíritu sediento de gloria? ¡Cuán difícil me era contestar el interrogante!

* * *

Sucedió que en medio de aquellas hondas tribulaciones no dichas a nadie, guardadas y sufridas en lo más hondo, llegué

a conocer en Cabrera al orador. El propagandista escritor, serio y doctrinario, en frase corta y bravia, ya lo había aplaudido. Mas he aquí que en una asamblea, alguno pidió que hablara el periodista de Santiago. La cosa era imprevista. Marcial se excusó al principio, porque «así, de repente...» La asamblea toda a grandes voces reforzó la petición singular. El se levantó nervioso, trémulo, apoyó su mano derecha en la mesa cercana y levantando la mano izquierda en actitud de imponer silencio:— «Pues, quieren que hable? De cierto que el arrepentimiento ha de ser para ustedes, y para mí la satisfacción de decir la verdad...» Y entre la admiración de las gentes las enrostró con rudeza su falta de entusiasmo en la campaña liberal, y no recuerdo qué más. Pero qué actitud de tribuno, qué voz poderosa, qué acción, como si hubiera querido irse encima del enemigo a quien apostrofaba con frases vibrantes y sonoras como una tralla. Al fin, fué el caso que se conquistó una ovación formidable, de tal modo que cuando otro señor quiso perorar, el público entusiasmado no lo permitió con sus vivas a Cabrera Guerra y a los candidatos a diputados, don Beltrán Mathieu y don Erasmo Vásquez. El alcalde radical le ofreció esa noche una cena en el Club. Al día siguiente en la mañana no se hablaba de otra cosa sino de este triunfo de Marcial. Era un día Domingo me acuerdo. Le presenté a aquella linda dama, quién naturalmente, lo cumplimentó por su éxito. Cuando después de tres meses se volvió a Santiago y me envió desde aquí una poesía para que fuese publicada en «El Progresista», me admiré de dos cosas; de que también fuese poeta y del enigma que descubrí. Recuerdo la primera y la última estrofas:

EL BOUQUET

Como un adiós que no pudimos darnos
ella me envió el bouquet de pensamientos
que al llegar a mis manos aún traía
el calor de su seno.

Continúa el poeta diciendo que guardará el ramillete en su joyelero en prueba de un amor que será eterno, y al depositarle, de rodillas, termina:

¡Oh santo cofrecillo, tú eres el ara
ante la cual turbado me prosterno,
porque en tu fondo bulle toda entera
mi vida hecha recuerdos.

• • •

El día que él partiera de Los Angeles, no recuerdo por qué estaba yo ausente de la ciudad. Cuando volví me encontré con este papel que guardo amarillento, de tantos años, escrito de su puño y letra, y en francés:

Mr.....

Cher confrère:

Je pars à cette heure avec l'immense chragrin de ne pouvoir serrer ton main pour la dernière fois.

Que vous soyez heureux et que toujours vous maintient loyallyment c'est que je souhaite.

Tout à vous,

M CABRERA GUERRA.

Le 6/ Abril /94.